

**EMILIO
BUESO
ANTISOLAR**



Esta es la crónica de cómo viajamos hasta la cara oculta del mundo para alcanzar lo más hondo del Agujero. De cómo hicimos para atravesar latitudes donde jamás ha llegado la luz del sol, donde la oscuridad lacera y muere con la fuerza de los glaciares. Seguimos adentrándonos con determinación en la negrura terminal. Seremos leyenda o pasto de la mente colmena.

La verdad está contenida en las ideas preconcebidas de quienes buscan definirla. Cualquier organización de ideas presupone un criterio sobre el mundo.

JACK VANCE, *Los lenguajes de Pao* (1958)

UNO

ASISTENCIA ES UNA ARAÑA

No recordaba en qué brutalidad anduve metido. Solo sabía que me despertaba drogado, dolorido y engrillado por extremidades y cabeza. Me machacaba la cara una luz tan blanca que dolía.

–Asistencia, abre sesión –dijo una mujer.

Y Asistencia hizo que la luz mordiera de pronto y con saña.

Enferma de tan blanca. Fría del todo. No era un foco incandescente ni una fuerte bioluminiscencia; era un color sin vida. Nieve al sol.

Nieve al sol. Dicen que se ha visto en las cimas de la cordillera que cierra el Desierto del Mediodía.

Conozco aquello, yo mandaba a la gente allí. A las faldas de esas montañas se tienden los reos al astro rey, boca arriba, para que se enfrenten a la justicia de los cielos. Se estacan y se abandonan justo donde empieza el arenal interminable. Allí tardan una hora caracol en cocerse por dentro hasta humear, inflamarse, explotar y convertirse en festín de escolopendras; que allí las hay grandes como el brazo de un minero y rápidas a la carrera, mucho más que las cucarachas de presa. Brotan de las dunas, emergen del desierto, bucean el suelo.

Me dije entonces que ya nunca volvería a ver la crudeza del sur en todo su fulminante esplendor.

Lo último que recordaba era que viajábamos siempre hacia el norte profundo, buscando su final más negro. Y, más allá de eso, todo en mi memoria era oscuridad y un estallido de dolor. Parecía que, tras una odisea suicida, me

habían capturado precisamente cuando conseguía escapar del cinturón del mundo, del Círculo Crepuscular.

Tenía miedo, quizá porque jamás había sido apresado antes. No recordaba haber perdido ningún combate. Ni tampoco haber respirado nunca una atmósfera como aquella: era estar en el útero de una bestia congelada, pero el aire resultaba tan puro como el de las mejores cumbres. Olía a alquimia, a insecticida, a humanidad mil veces paseada, a cerrado y también al ozono de las tormentas. Yo luchaba con el dolor y la luz, por mantener los ojos fuertemente cerrados, cuando los oí moverse de nuevo, para acercarse.

No sabía cuántos eran. No podía verlos, con la cabeza inmovilizada frente al foco. Hablaban en la lengua del templo en el que estudié, con mucho acento. Un acento extraño pero que ya había oído antes.

—¿Está consciente? —preguntó una mujer.

—Doctora Wu, por favor, defina consciente para el caso —dijo una tercera voz.

Que no parecía salir de un hombre, sino de una piedra. Carecía de entonación. Sonaba justo encima de mi cabeza.

—¿Puede comunicarse? —insistió la primera voz, también de mujer, y mucho menos fría.

Estaba helado. Sentía cada músculo del cuerpo, y estaban tiesos y agarrotados. Todos.

—Ahora mismo no creo que pueda decir nada —respondió la doctora—. Le hemos extraído parásitos que, entre otras cosas, le suplantaban el habla y buena parte de las funciones cognitivas. Ha sufrido un trauma importante.

—¿Se recuperará?

—Las heridas sanarán, señora Yuk —contestó la doctora Wu, como quien lee un informe sin creérselo del todo. Luego, con la misma falta de convicción, añadió—: Pero lo más probable es que su mente no se recupere. Podría tener el sistema nervioso severamente dañado.

Yo forcejeaba en vano. Estaba débil, mareado, aturdi-
do. Y tenía miedo.

No recordaba el miedo, no así. Una cosa es temer la
derrota y otra es temer lo que la acompaña. No sabía de-
cir si alguna vez había sentido tamaña indefensión, con las
argollas clavándome a la mesa como un animal de mata-
dero. Todo era horrible, apenas sabía quién era.

—¿Es uno de esos hombres habitados? ¿Lo han parasit-
tado hasta volverlo idiota?

—No me lo parece —dijo la doctora—. El paciente no es
un animista, sino un guerrero con toda la pompa y galon-
es. Llevaba una armadura ceremonial y le sangraban los
opérculos de la cabeza. Se ha simbiotizado de urgencia y
hará muy poco. Apuesto a que lo hizo solo para poder lle-
gar hasta aquí.

—¿Lo forzarían a ponerse uno de esos monstruos en la
cabeza?

—Me temo que no funciona así.

—Qué extraño todo.

—Doctora Wu —preguntó la cosa que no era una perso-
na pero que hablaba—, ¿no nos acaba de decir que es un
anfitrión? ¿Por qué cree que este hombre puede ser algo
más que un vector biológico de la Gran Colonia que inten-
ta alcanzarnos?

—Le hemos quitado varios huéspedes y sigue vivo, no
se ha quedado vegetal ni le ha dado un ictus. Quiere lu-
char. Quiere algo, esté infestado o no. —Forcejeé otra vez,
casi a modo de respuesta. Traté de hablar, pero dolía—.
Graba eso, Asistencia, que ahí lo tienes —siguió ella—. Está
más consciente de lo que parece. En cuanto lo vi, supe
que no era otro de esos chiflados que montan los caracol-
les.

—No hay síntomas de anisocoria ni nada insólito en las
pupilas —respondió Asistencia—. No está en estado crítico,
pese a las lesiones.

–Quizá sea el espadachín que mató a un patrullero hace unos meses –dijo Yuk, como pensando en voz alta.

Y los recuerdos volvieron a mí.

Estaba en manos de los jinetes de serpientes. Lo había conseguido, había llegado al Agujero del Mundo y a una de sus ciudades.

Recordé a mis amigos y sentí una punzada. Me revolví con fuerza. Gruñí.

–Asistencia, indúcele un sueño profundo.

–Soltadme –acerté a decir, haciendo un esfuerzo.

–Pero si... ¿Hablas nuestra lengua? –estalló la mujer fría, con mucha sorpresa en la voz y como si yo fuera idiota.

–Soltadme. O matadme. Ahora.

–Asistencia, vamos a cirugía de inmediato –dijo la doctora Wu–. No debería estar consciente.

Entonces noté que algo ensombrecía el foco. La luz pasó a segundo plano. No habían apartado la lámpara; algo se situaba entre ella y yo.

Abrí los ojos y me vi debajo de una araña de pinzas, tentáculos, aguijones, extraños anclajes de metal y muchos ojos centelleantes. Las patas, forradas con tubos y cables de colores, se le articulaban en codos, para permitirle trepar por mi cara.

Se movía con más fluidez que muchos insectos.

Entonces Asistencia habló.

–Procedo a anestesiar –anunció su voz inhumana. Luego zumbó. Con las patas.

Y me saltó a la boca cuando grité.

Noté que me empujaban un líquido garganta abajo, me metían gas dentro de las fosas nasales, me pinchaban en el cuello. Me desvanecí.

Otra vez.

DOS

COSIENDO RETALES DE MÍ

–Tenía un guante –dije en voz alta, hablando solo.

–Una manopla de trapo –continué–. Él me ponía voz.

Era mi amigo.

»Lo traje puesto.

»¿Dónde está?

Me habían dejado a oscuras en una sauna muy suave, permanentemente invadida por una música horrible y lánguida, que no había repetido ni un compás ni cambiado de ritmo durante lo que me parecieron días. Era como un coro de grillos, monótono pero siempre distinto, una misma canción interminable e irrepitable. Tonadas que se encadenaban en una sutil sucesión matemática.

Ruido. O patrones musicales que no podía discernir.

Tenía algo que parecía un enorme pezón junto a la boca. Cuando lo mordía, liberaba una sémola de sabor imposible, deliciosa. Llevaba días alimentándome de ella.

La mesa a la que me habían engrilletado parecía tragarse mis heces.

Me preguntaba qué clase de bestia me amamantaba.

Había oído historias espeluznantes de animistas que quedaban embarazadas y sentían cuando varios gasterópodos distintos colonizaban el feto y este se simbiotizaba en el útero. Durante la gestación, la madre, a su vez, se iba asociando con una sucesión de huéspedes que la transformaban en un soporte vital infestado para el neonato. Las colonizaban para modificarlas durante la preñez y después de ella; lo hacían varias formas de vida distintas, hasta engendrar entre todas otra amalgama semejante que ya nunca sería un ser singular, sino plural. El parto desalojaba

a unas criaturas que se llevaban consigo algunos de los nuevos simbioses y a otros los dejaba en las tripas, con la madre. Habitándola.

Los bebés colonizados pueden amamantarse durante décadas de sus madres. Así nacen, ya infestados, algunos grandes animistas. Algunos grandes hombres.

Si es que son hombres. No para mí.

Recordé a la Regidora, mi jefa. Ella ansiaba ser parte de un organismo superior. Yo me sentía digerido.

–Digerido. Empotrado. Así me veo, trapo –continué diciendo, casi gritándole al pezón en medio de la oscuridad –. Soy un embrión apesebrado que está a punto de echar a andar.

Era humillante, enloquecedor. Hablaba con una marioneta que me habían arrancado. Sentía la mano en carne viva. La movía como si llevara la manopla, pero seguía solo. Aquello sí era un miembro fantasma.

Me recuperaba de heridas que no sabía que tenía y que no recordaba haberme hecho. Me habían quitado tatuajes del pecho y las piernas, y me habían cubierto de vendajes de baba. Notaba como se mitigaba el dolor de unas quemaduras que habrían escrito mi historia como el resto de mis cicatrices.

Lo cierto es que perdí muchas, me las borraron. Me curaban. Pero no como yo quería.

–Me están reparando –dije–. De arriba abajo. Los pies tampoco tienen tatuajes. Han borrado el del pulgar izquierdo, el que marcaba la ceremonia de castración.

»No sé ni quiénes son.

»Cuando duermo sin sueño, que es casi todo el tiempo, tengo pesadillas. Me acechan los recuerdos.

»Soy un alguacil.

»El primero de los míos en llegar a un nuevo mundo.

»Y es muy oscuro.

TRES

EN LA CIUDAD DE LAS LUCES MUERTAS

Mi cabeza estaba a dos pensamientos de explotar, de reventar como un esporífero al diseminar. Dolía y palpita-ba horrores. No había tenido más que pesadillas, pánico y una sensación permanente de peligro desde hacía una eternidad. La idea de moverme me aterraba.

Qué rayos, en aquellos momentos todo me daba miedo.

El miedo había hecho presa en mi ánimo desde que desperté por vez primera en la ciudad de las luces muertas. El instinto, la confianza y la forma física parecían haberme abandonado igual que la babosa que solía llevar al hombro. Me sentía desnudo, confundido y desvalido.

Abrí los ojos con un sobresalto y me encontré rebozado en gasas y unos vendajes translúcidos, cubiertos por una dalmática muy ligera y suave. Las sábanas de la cama eran de un tejido todavía más fascinante, muy pesado, pero casi transparente; no supe si era un gel, si estaba hecho de burbujas de resina o si me estaban dando un baño. No podía imaginar qué seda de oruga se usaría para confeccionar aquel manto. Parecía tejido con bolas gruesas, pero blandas, apenas visibles y capaces de deslizarse por la piel como una capa de agua.

El cuarto a oscuras. Una habitación espaciosa y vacía.

Junto a mi almohada palpita-ba tenue la luz de Asistencia, tan horrible.

Me moví igual que un ditisco que se arranca de pronto a cazar. Los músculos y las articulaciones me respondieron como viejos amigos, sentí movilidad y fuerza en las extremidades. Me notaba recuperado, no tenía sueño, ni más

dolores que los de la cabeza, que me estaban matando. Me palpé el cabello y los agujeros del cráneo; el dolor parecía mucho más sólido que los chichones de los parietales. Pero estaban sellados, habitados por algo que no parecía yo.

Mis opérculos encefálicos.

Los del occipital estaban cerrados con baba. Rezumaban coágulos.

Me sentía raro. Me habían hecho cosas por todo el cuerpo. No me harían más.

Me acerqué con sigilo hacia Asistencia, incorporándome despacio mientras negociaba con el dolor, el miedo y la cautela. Mis ojos perforaron la penumbra, pero hasta enfocar era agónico. Todo lo que tuviera que hacer con la cabeza se disolvía en una nube roja de dolor. Pensar me dolía.

Asistencia dormía atada a una argolla de la pared. Un cable de color sangre le salía del cuello para que no escapara. Zumbaba muy suave. Parecía velarme.

Era la araña más pesadillesca que había visto, grande como un monje cantor; las patas parecían de acero y tenían proporciones imposibles, delgadas y articuladas por mil codos contradictorios en una anatomía demencial. Los extremos eran pinzas afiladas o aserradas que descansaban recogidas en la panza frente a una repisa llena de utensilios minúsculos. Herramientas de acero.

Instrumental de cirujano.

Lo mío eran más los galenos.

Agarré con ambas manos el tejido de la cama y fue como sujetar el rastro de moco de un caracol capaz de oscurecer montañas con su sombra. Dentro del edredón medio invisible palpité un baile de burbujas que lo agitó igual que una onda de agua y lo calentó.

La manta ideal. Me iba a servir.

Tiré con fuerza de la pesada placenta y se la arrojé encima a Asistencia. El esfuerzo me cegó de dolor al instan-

te.

Apenas vi como Asistencia encendía los ojos cuando le cayó encima la medusa fantasma: dos tizones de luz helada y azul le aparecieron en el costado. Algo zumbó en su interior y su voz imposible se puso a recitar. Más que habla, parecía un instrumento musical desafinado.

–Iniciando sesión de asistencia. Por favor, espere.

No dudé en levantarme.

Y vaya si dolió. Todo el cuerpo. Cuando moví el cuello, me crujó algo en el pescuezo. Noté que me corría sangre por la nuca.

Las luces de Asistencia parpadearon y pitaron suavemente, lo mismo que mis ojos y mis oídos. Me sujeté las rodillas y las noté peor que si se recuperaran de quemaduras de guerra.

¿Qué calamidad me había sobrevenido?

No me veía capaz de andar. Todo me daba vueltas.

Hice un esfuerzo y vi que Asistencia se revolvía bajo la manta con dificultad. Parecía haber caído al pozo de resina de una avispa de bosque. Batallaba en vano por sacarse de encima el aparatoso moco.

–Paciente peligroso. Obstáculo. Asistencia solicita asistencia.

Paciente peligroso.

Asistencia solicita asistencia.

Lo decía una araña de metal de las que te saltan a la cara si despiertas rodeado de carniceros locos.

Trastabillé hacia la bandeja de instrumental quirúrgico que había junto a Asistencia, donde un escalpelo reflejaba las luces del engendro. No dudé en agarrarlo y acuchillar a Asistencia.

Pero, en vez de clavar el pequeño filo en aquella cosa, apenas perforé la manta viva que le había echado encima, que se abrió como un odre de babas y luego estalló como una pompa de jabón. Un fluido denso y viscoso se derramó efervescente sobre Asistencia y hubo humo y un chis-

pazo. Algo crepitó y chisporroteó, y Asistencia dejó de moverse, de repente, tras dos espasmos. Apagó las luces y puso fin a todos los ruiditos, pero antes dijo:

–Entorno hostil. Estanqueidad comprometida. Cerrando sesión de asistencia.

A saber qué brujería tenía ante los ojos, dónde estaba y qué era todo aquello.

Intenté mantenerme erguido sin que pareciera que había fumado hongos, pero tenía la cabeza hecha un géiser. En cuanto puse la espalda recta, sonó un racimo de casca-beles al viento y una lámpara que había en la mesita junto a mi camastro se encendió lenta y suavemente hasta iluminar la estancia.

Un sofá transparente. Una maceta de la que escapaba, espléndida, una planta de color imposible y formas absurdas. Parecía una escultura que escalara el aire hacia la lámpara.

Cortinajes negros al lado de la cama, del mismo aspecto que la manta que había matado a Asistencia al vaciarse, pero de una opacidad intensa. Los aparté y fue como empujar intestinos, aunque descubrí una ventana.

Cristales.

Fuera, una calle.

Surcada por un trazado ferroviario perfecto, como el que me había llevado hasta allí.

Hice memoria al ver los carriles y me dolieron las sienes como si me las acabaran de abrir a martillazos. Recordé el tren de las minas. Cuando lo tomamos, los raíles eran como los del Círculo Crepuscular, pero, al final del viaje, el grosor y el aspecto de las vías eran más parecidos a los que había en las calles de aquella ciudad. Nada de traviesas, solo unas vigas geoméricamente perfectas, angulosas. Prismas de acero.

Cosiendo un océano de construcciones de cristal.

¿Y el cielo? El cielo era una lupa gigante.

Que magnificaba la luz de las estrellas y las auroras parecidas a las que bañan la vista del Agujero del Mundo desde... el faro.

Fui encadenando recuerdos. El faro desde el que vimos la cúpula de cristal por primera vez. Mis amigos y yo.

Estaba solo, bajo aquella bóveda.

En una ciudad de vidrio negro, de luces tenues y azuladas, de las que no son de bioluminiscencia ni de fuego ni de nada normal. Luceros como los de Asistencia: fríos, débiles. Iluminaban paneles translúcidos por los que se deslizaban símbolos e inscripciones en las fachadas. Torres interminables y translúcidas en cuyo interior apenas se adivinaba algún resplandor muerto, bullendo muy hondo.

Quizá la ciudad dormía, con todas las ventanas amortajadas por unos cortinajes tan negros como el que acababa de apartar. En la calle había farolas que dejaban ver plazuelas de arena, avenidas sin transeúntes ni tráfico de animales. Torres de una altura demencial que parecían pensadas para albergar multitudes, pero ni un alma a pie de calle.

Me guardé el escalpelo en el único bolsillo de la bata que me habían puesto y me dirigí a la puerta de la estancia.

Asistencia había muerto. A saber qué ponzoña había liberado sobre la araña al rajar el edredón. El olor del moco letal derramándose en el suelo espejado era molesto. El aire apestaba a ozono de tormenta y a brujería de la peor. Mal sitio.

Hora de escapar.

No pensaba quedarme tumbado, por maltrecho que estuviera y por mucho que se hubieran molestado en curarme. Ansiaba respuestas, pero el miedo de saberme débil, desorientado y desarmado me agudizaba un instinto que se había quedado huérfano desde que me faltaba el simbionte que marcaba peligro.

Nunca lo había echado tanto de menos.

CUATRO

EN LAS LUCES MUERTAS DE LA CIUDAD

La calle era un insulto a la humanidad.

Más insana que las casas hongo de los animistas.

Nadie. Nada. Andenes vacíos, atravesados por raíles helados que a saber cuánto llevaban sin ver pasar trenes. Ni rastro de la luz y el calor que señalan a animales y hombres, pero mil resplandores muertos bullían por doquier, parpadeando unas veces, otras cambiando de color. Cada farola, cada baliza, cada monolito de luz de cada plaza, todo eran fulgores pálidos en danza, luces muertas. Puertas cerradas con láminas de acero en puestos comerciales abandonados pero aún coronados con letreros que brillaban por dentro y mostraban figuras locas de luces enjauladas en rectángulos perfectos.

Como hogueras de letras congeladas. Sin nadie para leerlas.

Solo las farolas y yo. Un mar de luces fantasmales que iluminaban anagramas y sellos, escudos sin guerreros y carteles obstinados en labores arcanas ante auditorios vacíos. Avenidas de un largo que aturdiría.

Eché a andar entre dos filas de farolas altísimas, hacia el muro de vidrio que marcaba el límite de la ciudad. Buscaba el sitio donde los raíles alcanzaran la bóveda de cristal. La salida.

Estaba mareado y aturrido. Quería estudiar el lugar mientras caminaba, pero contemplarlo me enervaba lo mismo que el silencio, apenas roto por el crepitar de los carteles que reaccionaban a mi paso. Plagaban los acristalamientos de unas torres interminables que transparentaban oscuridad... hasta que se despertaba en su interior el